

JOSE JUSTO MONTIEL

Un Pintor desconocido de mediados del siglo XIX

POR

JUSTINO FERNANDEZ

YA es hora de hacer justicia a la excelente labor que ha venido desarrollando estos últimos años la Galería de Arte "Decoración", que dirigida por don Eduardo R. Méndez, su propietario, ha tenido sus puertas abiertas a toda clase de corrientes en las artes plásticas, dando oportunidad de exhibir sus trabajos a muchos artistas que no serían admitidos en otras galerías, de criterio más exclusivista. El hecho es que, entre buenas y malas exposiciones, "decoración" ha mostrado, en los primeros días del mes de septiembre, un grupo de pinturas provenientes del Estado de Veracruz que no deben pasar desapercibidas, por lo que nos proponemos recoger aquí siquiera el nombre y algunos exiguos datos, de un pintor, desconocido para nuestro tiempo, post-revolucionario, que demuestra, por sus obras, haber tenido cualidades extraordinarias, para la época y el medio: José Justo Montiel.

Patrocinada por el gobernador del Estado de Veracruz, licenciado Jorge Cerdán, se presentó una exposición de pinturas, cuarenta y cuatro en total, bajo el título de "escuela veracruzana", como primer contingente para formar la pinacoteca del Museo General del Estado de Veracruz. La misma idea se tuvo desde fines del siglo cuando, al desaparecer Montiel, se reunieron sus obras y las de sus discípulos con objeto de que constituyeran el grupo inicial de un museo de pinturas. El acervo fué descubierto hace poco tiempo y sacado del olvido, fué restaurado cuidadosamente por el artista Camps Ribera, a quien se debe, en parte, que hayamos podido gozar en su contemplación. Por la nota que firma Eduardo R. Méndez, en el catálogo nos enteramos de que "entre los años de 1840 y 1850 —sin poder precisar con exactitud la fecha— el pintor veracruzano José Justo Montiel fundó en Orizaba un taller de pintura. Por años prodigó sus enseñanzas pictóricas a un grupo numeroso de alumnos, entre quienes figuraban: Fidencio Díaz de la Vega, Tiburcio Sánchez Sagredo, Joaquín Mores, Gabriel Barranco y Gutiérrez; los cuales posteriormente vinieron a México y prosiguieron sus estudios bajo la dirección de Clavé".

Bien sabemos que Fidencio Díaz de la Vega, Tiburcio Sánchez, Ramón Sagredo y Rodrigo Gutiérrez formaron parte del segundo grupo de discípulos que el pintor catalán Pelegrin Clavé tuvo en México. ¹ Sánchez y Gutiérrez fueron, de hecho, los dos últimos alumnos distinguidos con que Clavé contaba, antes de regresar a su país con la desilusión sufrida por la indiferencia hacia él expresada por el Emperador Maximiliano; en cuanto a Ramón Sagredo hay que recordarlo por su "Jesús en Emaús", que se conserva en las galerías del Palacio de Bellas Artes, y por los medallones decorativos que pintó en las galerías de la Academia de San Carlos.

Los cuadros de estos pintores, en la ocasión reunidos, que a lo mejor fueron llevados de México a Veracruz para formar parte de las colecciones para el Museo que pensó formarse, presentan las buenas cualidades académicas que Clavé supo transmitir a sus alumnos; salvo alguno pintado con mayor personalidad y dureza, a los demás puede fechárseles por las tiernas o lánguidas miradas de las modelos. En verdad estas pinturas no tienen nada que ver con la pintura de Montiel, de por sí tan ecléc-

¹ Véase "El Arte Moderno en México", Siglos XIX y XX. Por Justino Fernández. Edit. José Porrúa e hijos. México, 1937.

tico, y es posible que no hayan sido sus alumnos los artistas arriba mencionados.

De la vida de Montiel no sabemos, pues, sino que a mediados del Siglo XIX era pintor que vivía y enseñaba su arte, en la ciudad de Orizaba. Mas en cambio de sus pinturas mismas puede conjeturarse el tipo de artista que era, ecléctico, como ya dijimos, sus obras presentan variadas tendencias. De las 25 reunidas, algunas tienen positivo interés, otras son mediocres, y las hay verdaderamente malas, junto con algunas copias de cuadros coloniales. Pero por unas cuantas de sus pinturas podemos darnos cuenta de la elegancia natural con que Montiel manejaba luces y sombras, tonos y diseño. A veces parece un precursor de Dégas o del "divino" CARRIERE, otras recuerda muy de cerca la pintura independiente o popular de la época y en otras ocasiones —toda proporción guardada— tiene delicadezas dignas casi de un Ingres.

Es posible que Montiel haya vivido en Europa, pues los conocimientos que muestra así lo hacen suponer, puesto que en México no le hubiera sido quizá posible adquirirlos; de todos modos es evidente en sus obras, que el autor había visto bien la pintura europea —francesa e italiana— de la primera mitad del XIX. Hizo un retrato de la famosa cantante Angela Peralta, por cierto de tipo muy fotográfico.

Su autorretrato, 1861. (Fig. N^o 1), aunque un tanto débil de dibujo y calidad, no deja de impresionar favorablemente, por el encanto y la sencillez que de él se desprenden, por la suavidad del colorido, en sepias, y la atinada colocación de las luces en el fuerte claroscuro, que el artista usó también en varios otros de sus cuadros. Su fisonomía revela un carácter suave, un porte elegante y cierta corrección en las facciones, de aspecto marcadamente español.

Una de las más interesantes obras de Montiel es el retrato de la poetisa veracruzana Doña Josefa Murillo, 1861, (Fig. N^o 2), pues la delicadeza de los tonos rosa en que está pintado, la textura y cierto alambicamiento en el dibujo, lo hacen realmente atractivo. Tal vez las calidades de que ahora gustamos en él dependen de que, según parece, no fué nunca terminado. El caso es que tal como se encuentra, sorprende por la finura de tonos y su factura, y sobre todo porque tiene un no sé qué de reminiscencia goyesca, como muchas de las pinturas populares de la época, que lo hace encantador.

La tendencia al popularismo se refleja también en el retrato del General Gálvez, 1864 (Fig. N^o 3), en el que los vivos colores del uniforme van muy bien con el rostro expresivo y lleno de carácter del mili-

tar, que fué del partido conservador. Mas ya en este cuadro el fondo de paisaje hace pensar en los retratos italianos del Renacimiento: la ingenuidad está impregnada de conocimientos, o al revés.

El mejor cuadro, sin duda alguna, es el retrato de Doña Isabel Vivanco Patiño, en traje de viaje color café y con fondo de paisaje como el anterior, 1864 (Fig. N^o 4). La nobleza de la figura, la corrección y exquisitez en el dibujo y la factura, particularmente en las manos, recuerdan cualidades análogas de Ingres y de las mejores obras académicas. La suavidad y sabia entonación de los colores, la elegancia del traje y del ademán, demuestran a simple vista las excelentes calidades del pintor y de su modelo. Se tienen referencias de las circunstancias en que la dama fué retratada. Cuentan que a su paso para México y durante su estancia en Orizaba, Maximiliano y Carlota recibieron un ramo de flores de manos de Doña Isabel Vivanco Patiño, elegida para esa ocasión, y que la Emperatriz, prendada de la belleza de la obsequiosa joven, sugirió que debiera ser pintada. Por complacer a S. M. se ordenó al pintor José Justo Montiel, que llevaba ya años de trabajar en la ciudad, el retrato de la joven Isabel, para lo cual la Emperatriz le prestó un traje de viaje de su propiedad y con él fué retratada. Más tarde la dama contrajo nupcias con Monsieur Pierre Prevost y a la muerte de este caballero, por segunda vez con don Federico Ludert. Tal es la anécdota que me fué relatada por el Sr. Méndez y el Sr. Arturo Sotomayor, quienes la obtuvieron de alguien cercano a la familia Vivanco.

Por último, y para mostrar otra tendencia más de nuestro artista, fijemos la atención en un pequeño retrato de niño, 1865 (Fig. N^o 4), de ingenuidad y sencillez tales que no parece haber salido de las manos que pintaron el cuadro anterior, sin embargo, así es. Pecando de maliciosos podría pensarse en un tipo de pintura precursora de la de Diego Rivera, pues posee la misma delicadeza de trazo y finura en el tratamiento de las superficies, así como una ternura, que Rivera ha sabido imprimir en sus deliciosos retratos de niños. Pero es que se trata de una fuente común de inspiración, el sentido popular de la pintura independiente de medidas del siglo XIX.

En cierto sentido populachero, académico exquisito algunas veces, innovador y tradicionalista, el pintor veracruzano José Justo Montiel pasa a formar parte del grupo de artistas del siglo XIX, que independientemente de la Academia de San Carlos, pintaron obras de mérito, en que no sólo los conocimientos, sino una gracia ingenua, les da un cálido aire y un carácter nacional.



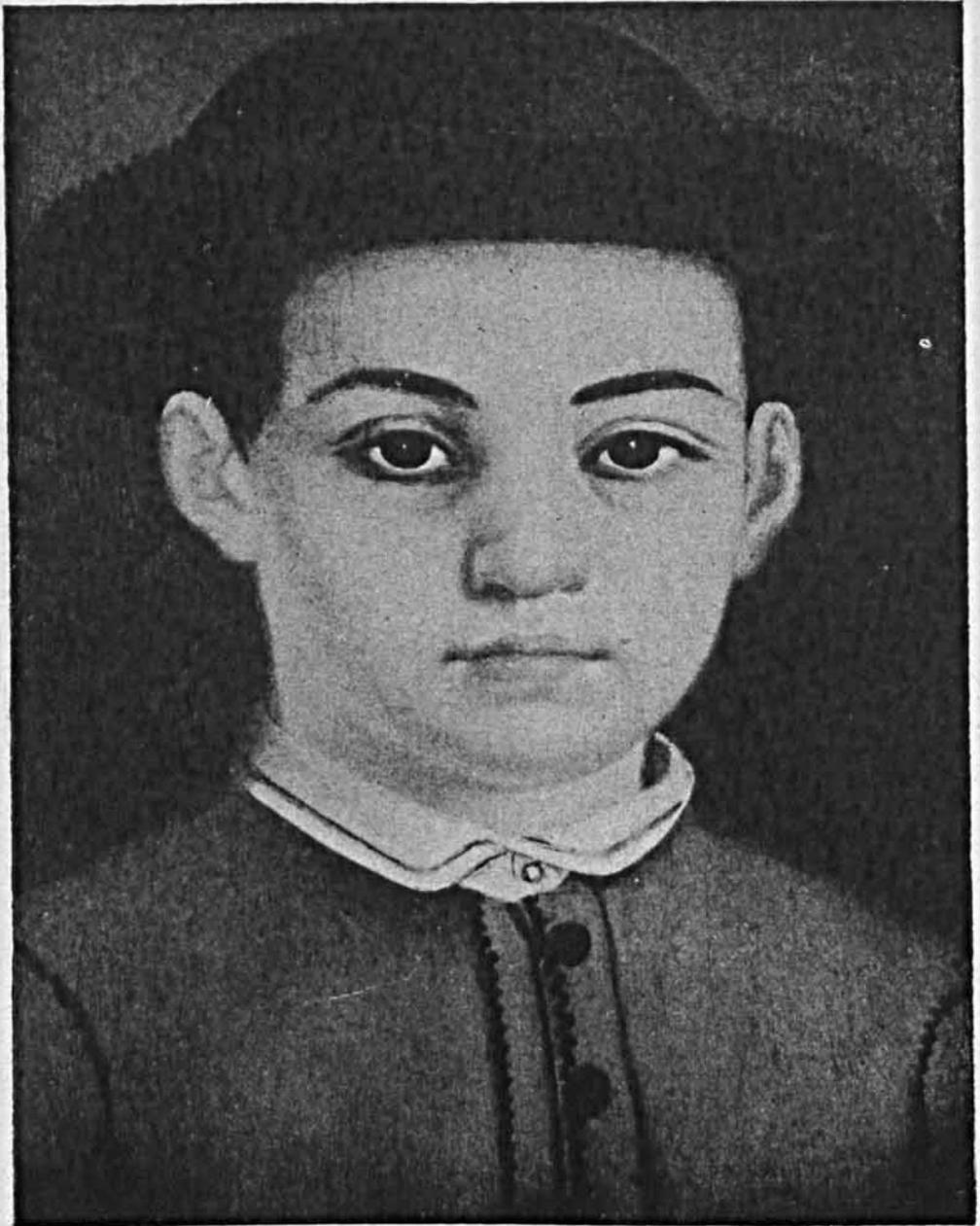
2. Retrato de la poetisa veracruzana doña Josefa Murillo, por J. Justo Montiel. 1861. (Foto Márquez.)



3. Retrato del general Gálvez (del Partido Conservador), por J. Justo Montiel. 1864. (Foto Márquez.)



4. Retrato de doña Isabel Vivanco Patiño, por J. Justo Montiel. Orizaba. 1864. (Foto Márquez.)



5. Retrato de niño, por J. Justo Montiel. 1865. (Foto Márquez.)

Ya teníamos por conocidos, al tapatío José María Estrada, y al duranguense Mariano Silva Vandeira; ahora incorporamos a la historia al veracruzano José Justo Montiel; ¿cuándo podremos decir lo mismo del guanajuatense Hermenegildo Bustos, que con tanto celo guarda don Francisco Orozco Muñoz? Poco a poco se van conociendo los artistas que, lejos del bullicio metropolitano, mantuvieron vivo el arte de la pintura en la República, en el siglo XIX; entre las guerras fratricidas y los efímeros tronos imperiales. Lo interesante es que, sin ponerse de acuerdo, sus obras llevan una cierta unidad en que podemos reconocer un carácter mexicano. En Montiel el pintor académico (conocimiento) y el independiente (candor) se dan la mano; no tiene la crudeza simple de Silva Vandeira, ni la gracia deliciosa de Estrada, ni la calidad extraordinaria de Bustos, más bien Montiel es el artista de gran talla que no voló muy lejos y se quedó a pintar en Orizaba, para honra de su Estado natal.

Esperamos poder en el futuro obtener los datos biográficos, ciertos y completos, de esta figura interesante en el arte del siglo XIX, pero mientras tanto queden estas líneas como antecedente para la investigación, que deberá esclarecer los puntos, oscuros o problemáticos, que actualmente presenta.